

Humanidades, difícilmente se podrá no estar de acuerdo con el autor.

De naturaleza complementaria con los anteriores considero los estudios dedicados en el libro a la época contemporánea. Producto de su formación anglosajona es el capítulo titulado “El espejo distante: España en el hispanismo británico contemporáneo”, en el que ofrece importantes claves para la comprensión de la leyenda negra y el mito de la España romántica, con las interesadas interpretaciones de que ha sido objeto a lo largo de la historia; concluido este repaso, dedica especial atención a una materia que conoce y domina como pocos, la producción historiográfica de los principales hispanistas, desde G. Brenan, a P. Preston, pasando por H. Thomas y R. Carr. Aportaciones novedosas a nuestra historia reciente constituyen la materia de “Un incómodo espectro del pasado: Franco en la memoria de los españoles”, y de la reseña titulada “Ecos y memoria de la Guerra Civil española”. No faltan en esta última prevenciones contra la tendencia fácil a la proliferación del mito y la fábula en dicho periodo, ni tampoco veladas advertencias sobre los riesgos de un intrusismo profesional que, falto del oportuno bagaje conceptual y metodológico que debe acompañar al historiador, únicamente contribuye a desencadenar polémicas estériles y que ayudan muy poco a desvelar la verdad de nuestro pasado más doloroso.

Concebidos desde el compromiso, con una fina ironía y gran oficio, los trabajos recopilados en esta publicación se convierten en un firme alegato contra quienes desde las trincheras de los hipernacionalismos más xenófobos, los fanatismos

identitarios exclusivistas, el racismo más virulento y los totalitarismos encubiertos pretenden la reinención de pasajes históricos que únicamente existen en las mentes de algunos. Los escritos de E. Moradiellos reivindican «la vigencia actual de la racionalidad histórica, su capacidad para intentar discriminar objetivamente la verdad del mito histórico o la ficción novelada, y su imprescindible practicidad social y ética para nuestros tiempos y nuestras sociedades». Una obra, en definitiva, aparentemente asequible en la forma, pero extraordinariamente compleja y bien resuelta en las cuestiones de fondo que aborda y que atañen, ni más ni menos, que al bagaje conceptual y metodológico de la práctica histórica.

Miguel Ángel Melón Jiménez

Francisco Sevillano Calero, *Exterminio. El terror con Franco*, Madrid, Oberon, 2004.

La bibliografía sobre la represión franquista es cada vez más extensa y heterogénea, pero el libro de Sevillano Calero viene a cubrir una parcela hasta ahora poco estudiada: la formación de las milicias de voluntarios en el bando nacional, antes, durante y después de la guerra. Con un formato y estilo sencillos que pretenden acercarse, más allá de la historiografía especializada, al lector en general, este libro permite cubrir varios flancos. El primero es la propia formación de las milicias, en las que se integraron falangistas de primera hornada, pero también requetés, miembros de las JAP, legionarios de Albiñana y antiguos militantes de Renovación Española. Es decir, un

amplio elenco de todos los disidentes del régimen republicano, pronto absorbidos, dirigidos y promovidos por las autoridades militares. El segundo, ahonda precisamente en la colaboración de las instituciones conservadoras, especialmente la Iglesia, y naturalmente el Ejército, en el encauzamiento de todo ese potencial hacia un mismo objetivo: la eliminación del adversario. El tercero, analiza las claves para la elaboración de un discurso estereotipado sobre el enemigo, que engarzaba con todo el pensamiento reaccionario tradicional español, y justificaba el necesario “exterminio” del vencido.

En el primer sentido, el autor realiza un serio esfuerzo para cuantificar, explicar y sintetizar la composición de las milicias, su distribución geográfica y su modo de operar. En el segundo, expone sin ambages la colaboración eclesiástica en la tarea represora, que elabora el discurso adecuado para convertir en sangre redentora la de los *mártires de la Cruzada*, sin equiparación posible en el bando contrario. Cualquier escrúpulo de conciencia fue eliminado de raíz desde el seno de la propia institución religiosa. En el tercero, yuxtapone los elementos ideológicos, políticos y sociales que ayudan a entender como la media España vencedora fue capaz, sin plantearse demasiadas dudas, de justificar, y ejecutar, una política de venganza sistemática hacia la media España vencida. Suele admitirse que toda guerra civil tiene un sustrato de guerra de clase y la represión de posguerra viene a confirmarla, porque una de las principales características de esa represión, como se deduce de la lectura de este libro, fue la de venganza de clase. Pero lo que se pregunta fundamentalmente el autor es cómo

personas inicialmente no muy significadas, ni social ni políticamente destacadas, acabaron contribuyendo a la represión institucionalmente organizada e incluso cometieron verdaderos asesinatos. El historiador de oficio siempre siente pudor al emplear estos términos. ¿No estaremos exagerando?, ¿no estaremos cargando las tintas en exceso? Pero las pruebas se revelan cada vez más abrumadoras. A medida que avanzamos en la investigación, a medida que se van consultando los archivos, hasta hace bien poco vedados a los profesionales, el panorama es más desalentador. El régimen de Franco no admite paliativos. Es verdad que esto es especialmente cierto para los primeros años de la inmediata posguerra, cuando todas las heridas estaban bien abiertas y la estrategia del terror se aplicó concienzudamente, pero no es posible olvidar, aunque resulte poco ortodoxo recordarlo, que Franco nunca dejó de firmar sentencias de muerte, ni siquiera en las postrimerías de su régimen, cuando la suya propia estaba cerca.

Un régimen dictatorial extiende sus tentáculos a toda la sociedad. Es difícil escapar o eludir su radio de acción, y esto podría explicar inicialmente el “contagio” institucional que alcanzó a todos los sectores sociales de la España de posguerra. No había alternativa: o conmigo o contra mí. Esa es la única realidad permitida en un país sometido a la doctrina del partido único. El poder ilimitado del vencedor se justificó además *deslegitimando legalmente* al vencido. No hubo rebelión militar, los que se rebelaron fueron los otros. Aquel *Alzamiento*, en aras de restaurar los *verdaderos* valores de la España *auténtica*, desvirtuados por el enemigo revolucionario y marxista, por la *Anti-España*, fue *legítimo*. Y sobre

esa base se apoya toda la represión posterior. Pero no se puede olvidar, por muy obvio que resulte, que fue un golpe militar, el del 18 de julio de 1936, el que desencadenó la guerra y que fueron los sublevados los que la ganaron. Una dictadura, la de Franco, sucedió a un régimen democrático, la II República. Es fácil imaginar lo que hubiera ocurrido con nuestra flamante democracia si el golpe del teniente coronel Antonio Tejero, el 23 de febrero de 1981, hubiera triunfado.

A la deslegitimación del régimen republicano siguió la de sus defensores. Un decreto del Ministerio de Justicia, fechado el 26 de abril de 1940, avanza el contenido de la llamada "Causa general", en medio de un clima internacional todavía liderado por el nazismo. Más tarde, el 18 de abril de 1947, se publicaría la Ley de Represión de bandidaje y terrorismo, mientras la declaración de estado de guerra, vigente hasta abril de 1948, recogía el conjunto de agravios que permitiría aglutinar a los vencidos en el conocido delito por el que la mayoría de ellos fueron detenidos, condenados y, muchos, ejecutados: "adhesión a la rebelión". El maniqueísmo se había instalado oficialmente en España.

Estas son las premisas fundamentales que se desprenden de la lectura de este libro. Un libro que pretende responder fundamentalmente a una pregunta que el autor plantea en el prólogo: "¿por qué individuos corrientes en su comunidad acabaron asesinando a hombres, mujeres y jóvenes en la guerra de exterminio que se desencadenó en España tras el fracaso del golpe de Estado del 18 de julio de 1936?". Hay razones que ayudan a explicar, si no a justificar, esa manera de proceder, sobre todo en lo que atañe a los sectores menos signi-

ficados de la sociedad española en la inmediata posguerra. Y en estas razones ayuda a profundizar la obra del profesor Sevillano Calero, que analiza por qué los civiles, falangistas, requetés y personas "de orden", se implicaron en los asesinatos y cual fue la responsabilidad de los militares en su organización, por qué estas personas —inicialmente anónimas en su comunidad— permitieron el control de la retaguardia y "la imposición cotidiana sobre los vencidos en medio del silencio y la impunidad de los crímenes de guerra y contra la humanidad cometidos por los vencedores en el "nuevo Estado" franquista".

Desde esta perspectiva, el autor analiza la organización de las milicias en la "España nacional", la movilización de voluntarios y la participación de civiles en la represión, las implicaciones de la Iglesia, las motivaciones personales, la unificación de falangistas y requetés en la Milicia Nacional, y las "explicaciones" ideológicas y políticas, convenientemente aderezadas desde el poder, que justificaron primero el alcance y dureza de la represión sobre los vencidos y el silencio y la impunidad posteriores para "los crímenes de guerra y contra la humanidad" cometidos por los vencedores, que permitieron extender el manto de silencio hasta la actualidad. Pero, sobre todo, dibuja un panorama de miedo, de opresión, de venganza, que no pudieron esquivar ni siquiera los propios protagonistas de la tragedia: ni los vencidos, claro está, ni lo que es menos obvio, los vencedores, que contribuyeron a construir una España pacata, víctima de sus propios errores y desigualdades, que tardó, sin duda más de lo deseable, en despegar.

Ángeles Egido León